

## SIETE HITOS DE LA EPOPEYA HISPANOAMERICANA

por José María GARATE CORDOBA



O volvamos, por Dios, sobre leyendas negras ni doradas, tan perjudiciales unas como otras en su visión unilateral, macabra o de oropel. Veamos, por de pronto, la idea madre —nunca más adecuado el término, por tratarse de la reina Isabel— así expresada: «Nuestra principal intención fue de procurar atraer a los pueblos dellas (las Indias) e los convertir a nuestra santa fe católica». Lo decía al morir con el pensamiento puesto en «nuestros hermanos los indios», mandando que no se les hiciese mal alguno «nin los tomen por esclavos». Lo sabía Cristóbal Colón cuando en su religiosidad nunca fingida, aunque exaltada, presentó a los Reyes su proyecto como *la última cruzada*.

*Y asegura Lollis que estando Colón en el campamento de Baza oyó describir la lamentable situación de la Iglesia de Jerusalén a dos frailes llegados de Egipto, lo cual le conmovió tanto que penso reunir los tesoros de Oriente para rescatar el sepulcro de Cristo, como nuevo cruzado.*

Con ese mismo sentido religioso anotó Colón en la introducción de su Diario que «a poco de alzarse la cruz en la Alhambra y en el mismo mes que salieron de España los judíos, le enviaron a él a las Indias para ver la manera de convertirlas a nuestra santa fe».

Ese Diario, que titulaba *Libro de la Primera navegación y descubrimiento de las Indias*, lo inició escribiendo: «En el nombre de Nuestro Señor Jesucristo», no sólo como fórmula, sino como anhelo primordial. Así empezaba una larga, dura y gigantesca epopeya hispanoamericana, en la que no todas las etapas fueron tan fieles

al espíritu de los Reyes, ni a la expresada intención colombina de la que arrancaron, y que en ocasiones quedaba sólo subyacente en las almas y olvidada en la práctica.

Hay siete hitos de hermandad que jalonan la historia de las cuatro etapas, ardua y difícil, a lo largo de tres siglos: *Descubrimiento* en el punto central de dos Américas. *Colonización*, de norte a sur, de oriente a poniente, cruz de Hispanoamérica. *Defensa* hispano-india contra ataques extraños a la lengua y a la fe. *Emancipación*, al fin, en un abrazo mitad fraterno y fratricida, comprendido muy a medias desde dentro, hostigado desde fuera por los que antes dieron ambiciosos asaltos a las llaves del marear y del comercio. Cuatro etapas igualmente hispanoamericanas, cuyos héroes son comunes a la historia de España y de América, a la de Hispanoamérica.

## I. EL PENDON DE CASTILLA EN GUANAHANI

Sobre el azul oscuro de las cartas marinas había un «Non Plus Ultra» junto a España, marcada con el «Finis Terrae». Más allá, el «Mare Tenebrosum». Era el horizonte perdido de las aguas, sin límite entre el Austro y el Poniente, que sobrecogía con la certidumbre de que nadie pudo escapar a sus tinieblas. Y eran sus cinco horrores, avisados de boca en boca para frenar temeridades marineras, las que allí infundían *las calmas, las nieblas, los bajos, las algas y los monstruos*. Algo había de cierto en todo ello, lo menos tremendista: las algas en el mar de los Sargazos, que a Colón dieron ánimos, según anotaba en su Diario el domingo 16 de septiembre: «Comenzaron a ver muchas manadas de yerba muy verde, que poco había que se había despegado de tierra», y el lunes 17 otra vez: «vieron mucha yerba, y muy a menudo, y era yerba de peñas, y venían las yerbas de hacia Poniente».

También había bajos, o bajíos, no peligrosos en pleno mar, pero sí en las costas de Haití, conocida por Bohío —para ellos La Española—, donde la *Santa María* encalló sin remedio hasta perderse.

Monstruos no hubo, pero el miedo a ellos no debió de faltar entre los navegantes. En su carta dando cuenta a los Reyes del Descubrimiento, Colón decía ingenuamente:

*En estas islas, fasta aquí, no he hallado hombres monstrudos, como muchos pensaban, más antes es toda gente de muy lindo acatamiento. Así que monstruos no he hallado, salvo de una isla de Quaribes, la segunda a la entrada de las Indias, que poblada de una gente que tienen en todas las Indias, muy feroces, los cuales comen carne viva. Ellos no son más disformes que los otros.*

Es decir, que expresaba bien el sentido moral de lo monstruoso, aunque hubiese normalidad física. Pero era insistente la noticia de los «hombres monstrudos». En su primer viaje oyó hablar continuamente de los «caribes», que él llamaba «caníbales» creyéndoles de la isla Caniba (del Gran Can). Aún había más, las leyendas fantásticas: El 23 de noviembre anotaba Colón en su Diario que, según los indios, en la tierra que llaman Bohío (Haití) había gente que tenía un ojo en la frente y el día 4 ya había anotado que, según decían en Cuba: «lejos de allí había hombres de un ojo y otros con hocicos de perro que comían los hombres y que en tomando uno lo degollaban y le bebían la sangre y le cortaban su natura».

En el cuarto viaje aún asaltaba de continuo a los descubridores el miedo a los monstruos animales y a los «hombres monstrudos», los caníbales o caninos, con hocico de perro, los cíclopes y los hombres caudales, con cola. A Colón le obsesionaba la idea de encontrar amazonas, como pormenoriza recientemente el profesor Pérez de Tudela. Todo con la misma razón y tanta lógica como ahora imaginamos seres extraños en otros planetas. De las amazonas también daba referencia Colón en su carta a los Reyes al decir que los indígenas de Guanahani tomaban las mujeres de Martinino (Martinica), isla «en la cual no hay hombre alguno». Eran las amazonas, que los guaraníes describían así: «Ellas no usan ejercicio femenil, salvo arcos y flechas, como las sobredichas cañas y se arman y cobijan con láminas de alambre, de que tienen mucho».

Ese es el inventario de monstruos que en las Indias recogen los españoles a poco de llegar, después que en el mar no encontraron ni uno de los que se pintaban en las antiguas cartas. A nosotros nos asombra el Diario de Colón, divulgado muy tardíamente, pero su primer informe a los Reyes sobre el Descubrimiento, impreso en 1493, constituye la más impresionante relación de un viaje a lo desconocido, y causó enorme expectación en toda la Cristiandad. Porque Colón no era un vulgar navegante; tenía sus yerros, pero valían más sus aciertos y sus intuiciones.

Pero hecho el planteamiento ambiental, sigamos la navegación en el diario de a bordo, que el Almirante inicia así:

*Sali de Palos con tres navios muy aptos para semejante hecho y partí la barra de Saltes muy abastecido de muy muchos mantenimientos y de mucha gente de mar, a tres días del mes de agosto de dicho año, en un viernes, antes de la salida del sol con media hora.*

Luego diría que eran las ocho. La mucha gente de mar resultaba ser noventa entre pilotos, marineros y grumetes, más otros veinte o treinta que iban con Colón, algunos criados del Rey, por curiosidad, y «otros criados y cognoscientes suyos». No había mujeres ni sacerdotes. Eran gente de mar, la mayor parte convencida de zarpar a una meta segura, entre ellos Juan de la Cosa, propietario de la *Marigalante* o *La Gallega*, que se llamaba ya *Santa María*, quizá tomando su nombre del puerto gaditano por deseo de su dueño y patrón, que vivía en Cádiz desde hacía catorce años. Iban los hermanos Pinzón y sus familiares del mismo apellido; un médico, un escribano y Luis de Torres, «judío que sabía diz que hebraico y caldeo y aún algo de arábigo», todo inútil, ya que no encontrarían al rey de Cipango para convertirle, como esperaban, y aunque le encontrasen, ninguna de aquellas lenguas hablaría. Iba también un condenado a muerte por homicidio y sus tres cómplices de fuga, indultados los cuatro antes de embarcar. En ello se cebó la leyenda negra para decir que los tripulantes eran malhechores, cosa que Claudel y Kazantzakis recogen sin reparo en sus tragedias.

Maravillosa es la descripción del viaje, a lo largo del cual no dejan de ver señales de tierra que, salvo un par de días de murmuración, dan a los marinos ánimo suficiente como para poder asegurar que iban todos muy alegres. Desde poco después de abandonar la isla de Gomera anota Colón

*Hay mar bonanza y aires dulcísimos y suaves y sabrosos, que es placer estar en ellos, tan olorosos son, y era el tiempo como en abril en Andalucía y la mar comò el río de Sevilla y muchas yerbas y pajaritos, que sólo faltaba el canto del ruiseñor.*

Día a día crecían las sorpresas, las novedades, los pequeños asombros en el mar. El 25 de septiembre creyeron ver tierra en la *Pinta* y daban gracias a Dios y cantaban «Gloria in excelsis» Martín Alonso con su gente, mientras Colón se arrodilló en su nave. El 9 de octubre toda la noche oyeron pasar pájaros hacia el suroeste; el día 11, jueves:

*Vieron pardelas y un junco verde junto a la nao. Vieron los de la «Pinta» una caña y un palo, y tomaron otro palillo, labrado a lo que parecía con hierro, y un pedazo de caña y otra yerba que nace en tierra y una tablilla. Los de la carabela «Niña» también vieron otras señales de tierra y un palillo cargado de escaramujos. Con estas señales respiraron y alegráronse todos.*

Aquel jueves 11 de octubre «tuvieron mucha mar y más que en todo el viaje habían tenido» y en vista de tantos indicios «anduvieron hasta puesto el sol, ventisiete leguas».

*Ya el Almirante, a las diez de la noche, estando en el castillo de popa, vio lumbre, aunque fue cosa tan cerrada que no quiso afirmar que fuese tierra... Después que el Almirante lo dijo, se vido otra vez o dos, y era como una candelilla de cera que se alzaba y levantaba, la cual a pocos pareciera ser indicio de tierra. Por lo cual, cuando dijeron la Salve, que la acostumbraban decir o cantar a su manera todos los marineros y se hallaron todos, rogó y amonestólos el Almirante para que hiciesen buena guardia al castillo de proa, y mirasen bien por la tierra...*

Dice el Diario que «hasta dos horas después de media noche andarían noventa millas», que son ventidós leguas y media. Entonces fue. El padre Las Casas, que siempre refundía muy al pie de la letra el Diario del Almirante —perdido poco después— sin más cambio que reducirlo un tanto, aquí, ganado por la importancia del momento respeta íntegra la fraseología y aún la ortografía colombinas, cosa que se advierte bien en lo anterior y en esto:

*Y porque la carabela «Pinta» era más velera e iba delante del Almirante, halló tierra y hizo las señas que el Almirante había mandado. Esa tierra vido primero un marinero que se decía Rodrigo de Triana.*

El grumete que gritó ¡tierra! no se llamaba Rodrigo ni era de Triana. Las Casas cambió el nombre a Juan Rodríguez Bermejo, natural de Moguer, según los datos más antiguos y ciertos de Colón, para llamarle con el que muy pronto le dio la leyenda. El Diario llega a su momento culminante en las anotaciones siguientes:

*A las dos horas después de medianoche pareció la tierra, de la cual estarían dos leguas. Amañaron todas las velas y quedaron con el treo, que es la vela más grande sin bonetas y pusiéronse a la corda, temporalizando hasta el día viernes, que llegaron a una isleta de los Lucayos, que se llamaba en lengua de indios «Guanahani». Luego vinieron gentes desnudas y el Almirante salió a tierra en la barca armada, y Martín Alonso Pinzón y Vicente Yáñez, su hermano, que era capitán de la «Niña».*

*Sacó el Almirante la bandera real y los capitanes con dos banderas de la Cruz Verde, que llevaba el Almirante en todos los navíos por seña con una F y una Y. Puestos en tierra vieron árboles muy verdes y aguas muchas y frutas de diversas maneras.*

Amaneció, vieron la playa, se acercaron y vino gente desnuda. Tal es el momento. El cuadro es que al desembarcar Colón con los estandartes de Fernando e Isabel, besa el suelo y da gracias a Dios, y el escribano redacta la toma de posesión. Luego se juntó mucha gente de la isla. Les dieron cosas de poco valor: bonetes colorados y collares de vidrio «con los que hallaron mucho placer». Colón describe así a los primeros indígenas que vieron:

*Ellos todos son de buena estatura, de grandes y buenos gestos... y de cuerpos hermosos y muy bien hechos y muy buenas caras, y frentes anchas y ojos grandes y bellos. Dellos se pintan de prieto (negro), y ellos son del color de los canarios, ni negros ni blancos, y dellos de colorado, y dellos de lo que fallan, y dellos se pintan las caras, y dellos todo el cuerpo, y dellos sólo los ojos, y dellos solo la nariz.*

*Ellos no traen armas, ni las conocen, porque les amostré espadas y las tomaban por el filo y se cortaban con ignorancia. No tienen algún fierro; sus azagayas son unas varas sin fierro, y algunas dellas tienen al cabo un diente de pece, y otras de otras cosas.*

*Ellos deben ser buenos servidores y de buen ingenio, que veo que muy presto dicen todo lo que les decía, y creo que ligeramente se harían cristianos; que me pareció que ninguna secta tenían.*

Era una excelente información previa sobre la naturaleza de gentes extrañas que Colón veía por primera vez y cuyo lenguaje nadie entendía en absoluto: Pero Colón era fino observador de la psicología y sociedad que se ofrecía a su vista:

*Me pareció que era gente muy pobre de todo. Ellos andan todos desnudos como su madre los parió, y también las mujeres, aunque no vide más que una farto moza. Y todos los que yo vi eran mancebos, que ninguno vide de edad de más de treinta años.*

*Los cuales después venían a las barcas de los navíos adonde nos estábamos, nadando, y nos traían papagayos y hilo de algodón en ovillos, y otras muchas cosas, y nos las trocaban por otras cosas que nos les dábamos, como cuentecillas de vidrio y cascabeles.*

*Creían muy firme que yo, con tantos navíos y gente, venía del cielo, y levantaban los brazos como en oración, diciendos Venid, venid a ver los hombres que vienen del cielo. Traedles de comer y de beber.*

Sí, lector, no sonrías, los creían venidos del cielo, pero también Colón, al llegar al golfo de Paria, en su tercer viaje, extasiado por la belleza de aquella costa, creía estar en el Paraíso. Tal para cual, la santa ingenuidad de los indios y la del Almirante que escribió:

*Esta tierra que agora nuevamente he descubierto, tengo sentado en el ánimo que allí es el Paraíso Terrenal... donde no puede llegar nadie salvo por voluntad divina.*

Hay un momento en que Colón escribe en su carta a los Reyes una frase lapidaria: «Vuestras Altezas tienen acá otro mundo». Y no cuenta en ello el error de creer que la isla de Cuba es Tierra Firme, ni el de que al llegar al continente lo tomase por isla. Era el Paraíso.

Así vieron los descubridores a los indios aquel 12 de octubre. Como hermanos inocentes, amables y admirables, sintiéndose hermanados con ellos en la fórmula de Palacios Rubios, proclamando, aunque no les entendiesen, que eran hijos del mismo Dios y de los mismos primeros padres descendían.

## II. UN HITO EN TIERRA FIRME

Con su afán apostólico y su fe en el oro, llegó Colón a desembarcar en Guanahani, que él llamó San Salvador, sin identificar durante siglos y que hoy parece ser la isla del Gato, Cat Island, más que la de Watling, como últimamente se creía. Nada más ver los indios, el primer día, le pareció que «eran gente muy pobre de todo, aunque llevasen una aguja de oro en la nariz». Pero él esperaba encontrar oro abundante, sin menoscabo de su ideal cristianizador, que era el primero y al que prometía destinarlo. El 26 de diciembre, pensando ya en volver a España, recordaba en su carta a los Reyes: «así protesté a Vuestras Altezas que toda la ganancia desta mi empresa se gastase en la conquista de Jerusalén y dijeron que les placía y que sin esto tenían aquella gana». Dijeron más, que aceptaban la empresa «aunque no fuesen sino piedras y peñas» lo que se descubriese.

Los indios de Guanahani eran de égloga, como con inocencia salvaje, pero casi por coincidencia milimétrica de rumbo. Lo que Madariaga llamó «audacia, pericia y suerte», fue mucho más que eso, providencia de Dios en algo tan importante como dijo López de Gómara: «La mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo crió, es el descubrimiento de las Indias».

Las páginas donde el Almirante describe a los indios de San Salvador componen un inefable fresco, colorista y exótico, en el que destaca sobre todo su carácter precristiano: «no conocían ninguna secta ni idolatría, salvo que todos creen que las fuerzas y el bien es en el cielo». Ampliaba así en Cuba lo que ya anticipó en Guanahani. Ya en Bohío (Haití), la víspera de Navidad observa

Colón por primera vez que los indígenas «dicen la salve y el avemaría con las manos al cielo, como les muestran, y hacen la señal de la cruz». Los que ven por primera vez a los españoles salen corriendo a besarles la mano y las mujeres también los pies. Encuentra Colón que allí, como en San Salvador: «son de muy franco corazón y dan con la mejor voluntad del mundo, como si pidiéndoles algo les hacen gran merced, y muestran tanto amor que darían los corazones y así todos, hombres como mujeres, después de haber el corazón seguro de nos, venieron, que no quedaba grande ni pequeño, que todos traían algo de comer y de beber, que daban con un amor maravilloso».

Es toda una bucólica cristiana del Descubrimiento, que descubre el estilo poético de Colón, respetado en la refundición de Las Casas, quien anota al margen del Diario: «El Almirante loa mucho a los indios». Pero a Colón le parece necesario insistir con nuevos pormenores de calidades y virtudes de los naturales, por si a los Reyes les resultasen increíbles:

*Crean Vuestras Altezas que en todo el mundo no puede haber gente mejor ni más mansa... Y todos de singularísimo trato, y tienen un habla la más dulce del mundo y mansa, y siempre con risa, de una cierta manera tan continente que es placer de verlo todo, y todo quieren ver y preguntar qué es y para qué. Entre sí tienen muy buenas costumbres y el Rey un maravilloso Estado... Y con señorío en todos, como juez o señor de ellos y todos le obedecen que es maravilla y todos estos señores son de pocas palabras y muy lindas costumbres, y su mando es lo más como hacer señas con la mano, y luego es entendido que es maravilla.*

No me he resistido a componer este retrato moral de los antillanos, aún a costa de entreverar frases del Diario de Colón y de su carta a los Reyes, en un esfuerzo de ordenación conceptual. A partir de aquí ya empieza a hablar del caudillo de Bohío, lo cual merece estudiarse aparte. Pero el conjunto constituye un cuadro vivo, como lo era el geográfico inicial y el del viaje, con intensa poesía en la fuerte y jugosa sobriedad de su realismo.

Porque el recibimiento de los haitianos a los españoles fue de apoteosis, según consta en el Diario de Colón. El sábado 22 de diciembre se acercaron nadando a las naves más de quinientos, entre ellos cinco señores o hijos de señores —con toda su casa, mujeres y niños— a ver a los cristianos. Colón dice cristianos. Le hablaban de su rey *Guanacanagari*, que deseaba verle y le invitaba a ir al interior por medio de *Nitayno*, su jefe principal, datos preciosos, pues son dos de los escasos nombres que Colón cita de los indios.

Tres días después, el de Navidad, fue la desgracia de la *Santa María*, que en manos de un grumete durante la noche, se perdía encallada por descuido de los centinelas. Colón da aviso al rey de Bohío y anota de ello: «El cual, cuando lo supo, dicen que lloró y envió toda su gente con canoas» y descargaron toda la nave en muy breve espacio mientras él con sus hermanos y parientes disponía la descarga y la guarda de lo que se sacaba, y «en ninguna parte de Castilla tan buen recaudo en la cosas se pudiera poner, sin faltar una agujeta». De cuando en cuando, Guanacagari enviaba a Colón uno de sus parientes llorando, a consolarle, ofreciéndole todo cuanto tuviese, y él con su pueblo lloraba también.

Hubo comidas de cortesía, primero en la *Niña* y luego en casa del rey, y llamaba la atención del Almirante que en su comer, en su honestidad y hermosa manera de limpieza, se mostraba bien ser de linaje. «Después de haber comido, que tardó buen rato estar a la mesa, trajeron ciertas yerbas con que se fregó las manos». Y por fin, cuando Colón se disponía a zarpar rumbo a España, comieron de nuevo junto con cinco reyezuelos subordinados. Guanacagari le llamó y le tuvo por hermano, y puso su corona sobre la cabeza de Colón, y éste le colocó su collar y un anillo de plata y le regaló unos borceguíes de color, como antes ya le había regalado una camisa y unos guantes, por lo que hizo mayor fiesta que por ninguna cosa que le dio. Y mostró gran sentimiento de la partida, sobre todo cuando le vio embarcar.

Colón le había dado seguridades y dejaba el fuerte «Navidad» hecho con tierra y madera de la *Santa María*, guarnecido con 39 hombres que habían mostrado su destreza en desplegar en combate y en manejar las armas ante el cacique, para que con su protección no temiese a los caribes.

La primera sangre que fecundó la tierra hispanoamericana, con heridas de amistad, que los guaraníes se hicieron al tomar por el filo las espadas que los españoles les mostraban. La segunda, la de dos nativos heridos en la cabeza en el encuentro que se produjo dos días antes del regreso del primer viaje. La tercera fue la sangre española de los 39 del fuerte «Navidad», que sellaba un pacto. Atacados por *Caonobo*, cacique del interior, Guanacagari se esforzó en defenderles, pese a lo cual fueron todos aniquilados y el fuerte destruido. Acaso su guarnición no se hizo amar de los naturales como se le había encarecido. Las tablas de la *Santa María*, ardiendo en pira simbólica, significarían como una expiación por

haber transformado un alado perfil, con cruces en las velas, en la hosca silueta de un fuerte defensivo armado. Era ya el reverso de la medalla.

Colón no parecía haber tomado muy en cuenta aquellos caribes de que le hablaban los guaraníes y «a quienes muestran gran miedo», pese a que vio gente empezada a comer viva por ellos y a que ya en la playa del 12 de octubre se notaba que había indios bravos, pues el mismo Almirante anotó:

*Yo vi algunos que tenían señales de heridas en sus cuerpos y les hice señas de qué era aquello, y ellos me mostraron cómo allí venían gentes de otras islas y los querían tomar y se defendían, y creo que aquí vienen de tierra firme a tomarlos por cautivos.*

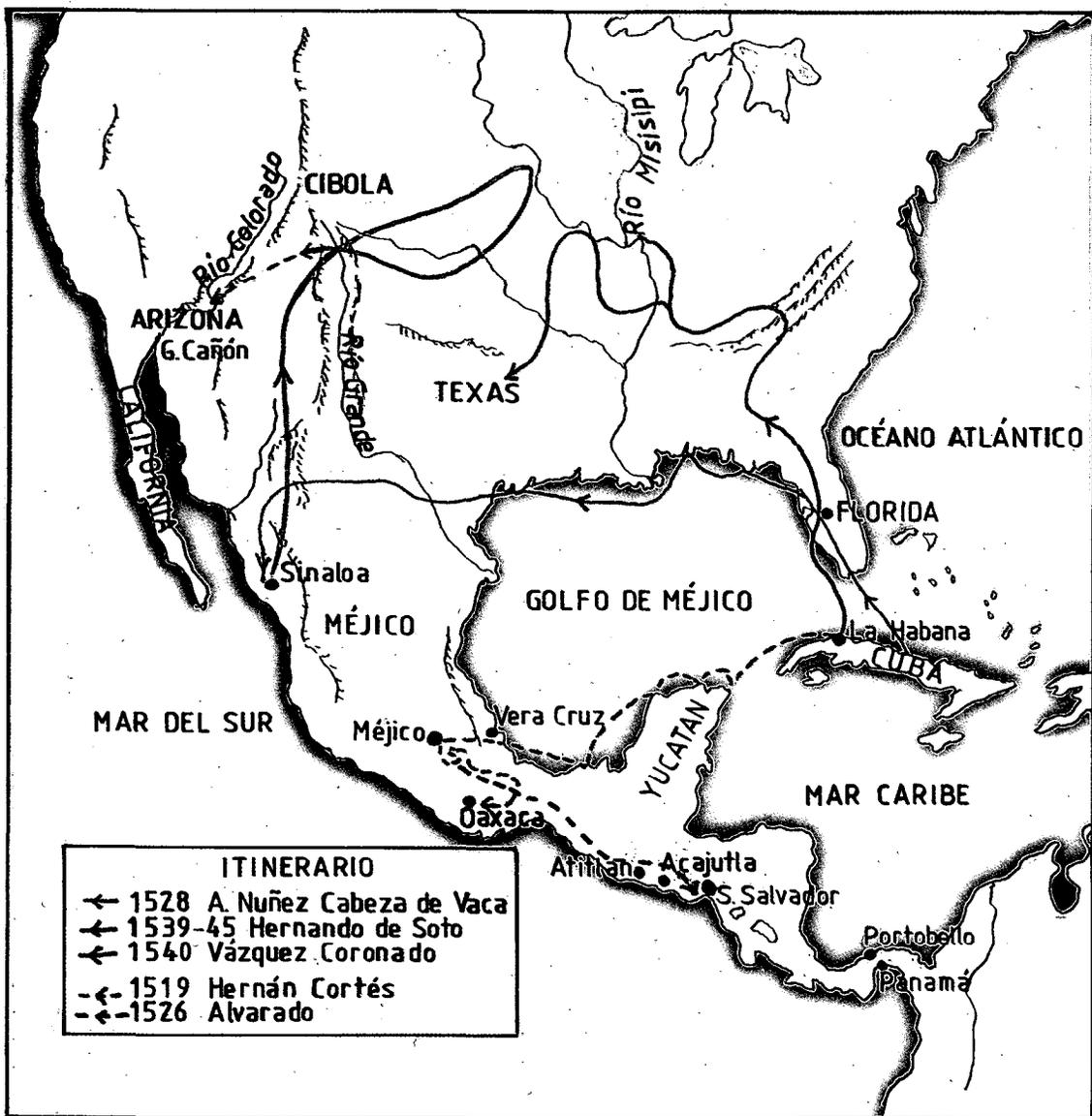
Habían empezado los presagios con su empeño de llevar a España indios que mostraba a los Reyes y en entender que eran buenos para siervos, con idea muy normal en su tiempo. Pero ya en Guanahani los que le prometían volver a la nave no volvieron, y en Cuba, sin duda por noticias de ello, huían todos al verles. Era como el alerta de la guerra.

Volvía Colón al Nuevo Mundo en su segundo viaje y en la isla de Santa Cruz sus hombres hubieron de sostener rudo combate con feroces caribes que disparaban flechas envenenadas, por lo que prosiguieron viaje a La Española. De quienes debían haberse prevenido, los temibles «monstruos» que buscaron, partía, en cierto modo la réplica sangrienta a las primeras ingenuidades del Almirante y los descubridores: el rapto, la ambición de oro, aunque todo fuese supeditado a la conciencia de una misión evangelizadora que signaba la aventura en el nombre de la Santísima Trinidad. Pero la torpeza político-diplomática de unos y la barbarie de otros, convertía la égloga en tragedia e iba a hacer de la bucólica, epopeya. Había bastado que cayese el telón del primer acto y desapareciesen de escena las dos naves que quedaban del descubrimiento.

En los siguientes actos de la epopeya alternarán las escenas bucólicas con las trágicas, pero pocas veces se mostrará aquella paradisíaca inocencia de Guanahani. La sangre brotará de uno y otro lado: en el segundo viaje a Puerto Rico y Jamaica; en el tercero, cuando seis años después del primero, lleguen a Trinidad y a Tierra Firme, en las bocas del Orinoco; en el cuarto, ya en 1502, en la Martinica, Costa Rica y Honduras.



Francisco Vázquez Coronado  
por Ricardo Sanfeliz



Expediciones que figuran en el artículo

Pero entonces ya Vicente Yáñez Pinzón ha llegado al Brasil y al Amazonas, y se ha tocado en Panamá, y Ojeda va a descubrir el golfo de Darién ocho años más tarde, y dos después, en 1512, Ponce de León marcará el primer hito en las extremaduras, los extremos de los extremosos, en la Florida de su mal, en «Las Tierras de las Flores», que en Pascua Florida de aquel año descubrió en la América del Norte, atraído por una ilusión paralela a la del oro, aunque más espiritual: la noticia india del manantial de eterna juventud, que a él le costó morir joven porque los indígenas le impidieron encontrarlo.

### III. LA HISPANIDAD DEL NORTE: EL HITO DE FLORIDA

Exactamente a los cincuenta años del Descubrimiento, los españoles terminaban de santiguar el Nuevo Mundo con la cruz de su andar atormentado. El eje de su huella era una cruz, cuyo brazo menor se extendía desde San Agustín de Florida hasta San Francisco de California, y el mayor, desde la helada Alaska a la Tierra del Fuego. Por ironía de los buscadores de oro y para penitencia de sufridos cristianos bajaba un poco de la Tierra del Hambre, en Patagonia.

Gracias a Ponce de León se conocía la Florida; Cabeza de Vaca recorrió el que hoy se llama Sahara Americano; De Soto había descubierto el Misisipí y Coronado recorría extensas zonas centrales de los Estados Unidos admirando el río Colorado y el Gran Cañón doscientos años antes que los norteamericanos. Rodríguez Cabrillo llegaba hasta la ensenada de California que Alarcón demostró no ser isla, sino península.

España recorría la inmensidad de Norteamérica, uno o dos siglos antes que ninguna otra nación y enseñaba allí a rezar al «Padre Lindo», que era el Padre Nuestro por medio de sus misioneros, que dejaron hasta hoy la reliquia de sus misiones, hitos de historia. Frailes exploradores y colonizadores a la vez que apóstoles, cuidaban de la salud y defensa de los cuerpos indios, mientras iluminaban su alma.

Los conquistadores que habían triunfado en el Sur, casi siempre fracasaban en el Norte. Eran otros hombres, otras tierras, otros climas, después de haberse habituado al ambiente tropical. Había llegado la etapa sangrienta y dura, la de las penalidades sin cuento; los fundadores de la Tierra del Hambre en Patagonia dejarían allí

poco después cincuenta cadáveres entre ruinas. La expedición de Pánfilo de Narváez es quizá la más desgraciada que conoce la Historia, pues, menos tres o cuatro, parecieron los trescientos de ella, bajo el sino de los naufragios, los indígenas enemigos y el hambre. Pero también en tierra les sorprendían los pantanos y la nieve sin lugar donde cobijarse. Y a la Tierra del Hambre en el Sur correspondería en el Norte una isla frente a *Galveztown*, que Cabeza de Vaca, invadido ya de pesadumbre, llamaría «Isla de Malhado», la de la mala suerte. Aquello era ya, casi siempre, conquista difícil, en la extensión exploradora, que partiendo como centro de las Antillas del primero y segundo viajes de Colón, irradiaba hacia todos los puntos cardinales. Era la resistencia, era la civilización regada con sangre. El poeta que marca nuestras etapas, el venezolano Andrés Eloy Blanco fijaría este hito en una estrofa de su Canto a España:

*De tí lo esperó todo, tu fuiste el Dios y el Hada;  
su palma estaba sola bajo el celeste azul,  
su luz no era reflejo, sino lumbre de estrella;  
presintiendo tus cruces, ya había visto ella  
cien calvarios sangrando bajo la Cruz del Sur.*

Tras el hada florida y olorosa, el hado agrio y sangriento. Y en la isla Trinidad matan a los primeros misioneros dominicos, mártires de la fe en Hispanoamérica.

La Florida fue el primer Estado de la Unión que vieron ojos de europeos. Se afirma, con buenos argumentos que Colón en el predescubrimiento de América, que dio base a un optimismo que era seguridad, había tocado en la Florida y hay indicios de que volvió a acercarse a sus costas al reconocer Cuba en su segundo viaje, el de 1494. Recuerda esto un facsímil de la carta de Colón a los Reyes Católicos que se exhibe en la colección española del museo de Miami cuyo folleto explicativo dice literalmente: «Muy primer turista a Florida». El apelativo del Descubridor, que tuvo tantos, es de lo más insólito, aunque no le falta una buena base histórica.

En ese segundo viaje acompañaba a Colón, Juan Ponce de León, que en 1508 conquistó Puerto Rico —el Boriqué indio— y fundó allí una ciudad y en 1511 oyó hablar a los lucayos de cierta tierra al oeste, llamada *Binimi* en la que brotaba un manantial que daba perenne juventud a quienes bebían su agua o se bañaban en ella. Obtuvo permiso para el descubrimiento y al año siguiente inició el viaje con tres carabelas, llevó a Juan de Alaminos como

primer piloto. Partió de San Germán, nombre del puerto en honor de la reina Germana de Foix.

No podemos decir que despreciase el oro, porque no nos consta, pero sí que junto a su ilusión cristiana de fondo, la material que más le encandilaba era ese fantástico mito que a través de los siglos ha expresado una profunda aspiración humana, la fuente de la eterna juventud. También buscaba, sin duda, el paso del noroeste, como todos entonces, el cual había de ser seguro, porque en la costa de Centro y Sur ya se veía que no había estrecho en largo recorrido. Pero él deseaba el agua juvenil, no sabemos por qué especial razón, aunque la lírica y el amor no andarían muy lejos.

Tocó en la boca del río San Juan, bajó a la costa y como siempre tomó posesión de ella con el Requerimiento que Palacios Rubios redactó, buen jurista, como enviado pontificio en virtud de su bula «Inefábilis», que autorizaba la conquista apostólica desde 1497, quince años antes. Pero los indios seminolas no entendían de eso, y desde el primer momento defendieron su independencia con densos y certeros flechazos. Eran sus tiempos heroicos, cuando conservaban el ardor de sus padres de raza los aztecas y acaso no hacía tanto de su emigración desde Méjico. Hoy no son los que eran. Ciudadanos de los Estados Unidos, recluidos en tres «*Indian Reservations*» de Florida, bajo la tutela de la Agencia de Indios Seminolas, se muestran al turismo en la «*Musa Isle*», muy típico poblado suyo donde conservan su organización en clanes con un jefe, su lenguaje y vestuario, sus trabajos, el fuego del campamento y sus ritos, entre ellos siguen practicando los bailes de regocijo y purificación y la danza a la luna de verano.

Pero entonces las danzas guerreras eran muy poco gratas a los españoles de las tres naves de Ponce de León, el cual no se sintió fuerte frente a ellos, tal era su número y acometividad, y decidió volver a España en busca de refuerzos. En España, le nombran Adelantado de Bimini y Florida, que viene a ser lo mismo, pues él ya había bautizado así a la costa, porque la llamaban la «Tierra de las Flores» y además, y esto es seguro, había llegado a ella en la Pascua Florida, dos motivos cuya coincidencia es lógica.

Tardó mucho en volver con su flamante título y desembarcó su gente de las tres carabelas al oeste, cerca de la bahía de Tampa, que el llamó del Espíritu Santo y procuró internarse lo más posible, pero los indios les atacaron tan furiosamente que mataron

a muchos españoles, y obligaron a los otros a acogerse a sus buques. Ponce de León resultó allí herido mortalmente y hubo de retirarse a Cuba con los suyos, donde murió a consecuencia de sus heridas, quedando su empresa fracasada.

Lummis, el delicioso historiador hispanista añade un colofón de idealismo y dice «La flecha del indio que quería fallase el intento de adquirir la fuente de eterna juventud por heroico derecho de conquista, en vez de conseguirlo más tarde por diabólico pacto, rindiendo el alma al diablo, como Fausto».

Florida tenía como un sino de desgracia, como un hado adverso para los exploradores hispanos. Entre ambos viajes de Ponce de León fracasaba allí, en 1518, muy cruentamente, Francisco de Garay, el conquistador de Tampico, que como tantos no fue menos heroico por eso. Y siete años después, Pánfilo de Narváez, aunque penetró hasta la aldea de Apalache con 300 hombres, realizó la expedición más desastrosa, pues un año después ya estaba aniquilada por la naturaleza y por los indios y su tesorero Alvar Núñez Cabeza de Vaca, escribía la más increíble epopeya, la del primer viaje transcontinental, ocho años errante, y seis años esclavo de los indios, con otros cuatro españoles, que gracias a su habilidad de falsos taumaturgos fueron refenciados como «Hijos del Sol». Luego huyendo de nuevo desde Texas, curtido como una bestia, desnudo, con salvaje barba y cubierto de pieles, llevando de día una brasa para calentarse que de noche resguardaba en un hoyo.

Hernando de Soto, Adelantado de la Florida, desembarca en la bahía de Tampa en 1539 y vuelve a tomar posesión con sus seiscientos hombres muy bien equipados. La suerte le favorece más que a sus antecesores porque entra en relación con el cacique «Mucozo» gracias a su prisionero Juan Ortiz, soldado de Narváez. Partiendo de Apalache, meta de éste, anduvieron errantes durante cuatro años por el sur de los actuales Estados Unidos, siete de los cuales recorrieron, los que hoy son Florida, Georgia, Arkansas, Misisipi, Alabama, Luisiana y el nordeste de Texas. En 1541 llegan a un río inmenso que los pieles rojas llaman Meact-Massipi «el padre de las aguas» y ellos entienden Misisipi y bautizan con el nombre de Río Grande del Espíritu Santo. Allí le enterraron a su muerte para que los indios no le profanasen, con el ceremonial de un viejo rito griego, lastrado con arena, teniendo por ataúd un árbol hueco. Y siguieron, mandados por el teniente Moscoso navegando en unos toscos buques que fabricaron, hasta llegar a Méjico, tras cinco años de sufrimientos. En Florida sufrieron los

españoles todas las inclemencias del tiempo y de los hombres. Un día, no hace mucho, apareció en pleno desierto de Florida una armadura conteniendo los huesos calcinados de un soldado, y en la cual aún se leía grabado el nombre de Pedro Gallego y era símbolo de toda una epopeya.

La sombra de Ponce de León flota hoy como un recuerdo sagrado en todos los lugares de Florida, donde los habitantes tienen singular devoción por su herencia española. La bandera de España ondea, junto a la propia, en lo alto de su viejo castillo hispánico de San Marcos, que Menéndez de Avilés fundó en 1565 partiendo también de Puerto Rico, y tenido hoy por joya nacional.

La historia española de Florida empieza casi un siglo antes de arribar a Plymouth los peregrinos ingleses del «Flor de Mayo». Su valor es el símbolo, y desde San Agustín de Florida a San Diego de California está viva la huella de exploradores y misioneros hispanos, la huella de la Hispanidad del Norte, de la Extremadura hispánica. Al sur, en el condado de Dade, se enseña el español obligatorio, en la escuela más elemental, y hay un pueblo, allí, Coral Gables, cuyas calles llevan nombres españoles: Andalucía, Aragón, Castilla, Cataluña, Valencia, Sevilla, Zamora, Madrid. Su vecina, Miami, es casi bilingüe: En inglés y español, la ciudad saluda y dice adiós al visitante. No es capricho, sino arraigo de afecto, el que venera lo hispánico en Florida. San Agustín de Florida, con las banderas de España y de la Unión señoreando la capital desde el castillo, pregona que es la primera fundada por europeos en Norteamérica, pero sobre todo, es un homenaje que rinde a la Madre Descubridora, como primer ejemplo en aquel territorio.

Haremos justicia a Juan Durán Valdés diciendo que de su conferencia sobre *Las extremaduras de América* proceden buena parte de nuestros datos.

#### IV. EN EL CORAZON DE LA NUEVA ESPAÑA

Hasta ahora todo había sido más bien periférico, profundizando, sí, pero sin llegar al corazón del Nuevo Mundo. El cuarto hito es eso, penetrar al corazón, a costa de la sangre. Este es el hito de la dura conquista, de lo inverosímil, el que dio título a una obra de García Serrano, donde explica muy acertadamente el contenido

de su titulación: *Cuando los dioses nacían en Extremadura*, y da réplica, con verdadero acierto a una obra de signo europeo, que también reflejaba en el título su tesis: *El dios de la lluvia llora sobre Méjico*. Ya Bernal Díaz del Castillo, tan fabuloso soldado de a caballo, cortesiano, como maestro de la lengua castellana, al menos en narrativa heroica, heroicamente sencilla y sencillamente heroica, nos decía que los conquistadores tenían «aquel afán de trascenderlo todo en orden a la acción».

Era el hito más duro, el de la sangre común que forjaba una nueva raza, sangre vertida, fundida y confundida, que creaba un nuevo pueblo, una nueva aristocracia, una nueva civilización, sobre bases comunes, hispanoindias. No echéis mano de la leyenda negra porque todo lo empequeñeceréis, formaréis un mosaico de minucias que nunca formará una antiepopéya ni una epopeya antídoto. No, escuchad la lírica de Rubén, la de Santos Chocano, pero sobre todo, la que yo he querido tomar como pie, como epígrafe poético de estos hitos.

El «Canto a España» de Andrés Eloy Blanco, laureado venezolano en el Certamen Hispanoamericano de 1923, organizado en Santander por la Asociación de la Prensa. Allí, al llegar a nuestro hito, decía:

*Y el cacique de carne, desde el vecino cerro  
vió salir de las aguas unos hombres de hierro...  
Marcan la eternidad de sus dolores  
en piedra de epopeya, diez Cuzcos, diez Tlaxcalas;  
abajo las cenizas de los emperadores  
y arriba el cuervo errante, que es el dolor con alas.  
No piden a su Dios la buena suerte,  
ni vana holganza, ni alegría estrecha;  
dejan a lo divino lo que sigue a la muerte,  
y el resto lo confían al tino de su flecha.*

Son los conquistadores. Ha pasado su momento, o van a otro lugar los descubridores y los exploradores. Marcan la cumbre heroica Cortés, Pizarro, Valdivia, Quesada, Juan de Garay. Pero no vamos a hablar de heroísmo frente al indio. Prometimos examinar los pasos de hermandad. Cortés ha salido ya vencedor del Yucatán y prosigue su viaje hacia donde más tarde estará Veracruz (ciudad y puerto que él funda), donde desembarcó el 4 de marzo de 1519 con once buques, llevando menos de 700 hombres de hierro y doce pequeños cañones de los llamados falconetes. Veracruz será la primera ciudad europea en el continente americano, al sur de Méjico.

Carlos Lummis, que tiene una visión de Cortés muy particular, y equivocada en algunos puntos, nos hace una reflexión oportuna diciendo que el desembarco de los españoles causó tanta sensación como causaría hoy la llegada a Nueva York de un ejército procedente del planeta Marte. Porque aquellos hombres llamaban la atención primero por barbados, o si queréis por barbudos, pero sobre todo por centauros y porque llevaban «camisas de hierro y palos que despedían truenos», especialmente les chocaban las barbas y la blancura del rostro, tocándoles la cara para mejor percibir aquella rara singularidad. Tendríais que leer el pasmo indígena en la gráfica descripción que hace en su historia el indio Tezozomoc.

Llegó un buque a Cozumel con dos días de anticipación y Alvarado permitió ciertas primicias de saqueo, cuarenta gallinas, unas mantas viejas, unas diademas, unos idolillos y unos pinjantes de oro bajo, así como dos indios y una india detenidos. Cuando llega Cortés, reprende a Alvarado y pone en grillos al piloto. Da libertad a los indios presos, llama a los caciques, enviándoles antes los objetos robados y paga las gallinas con cuentas verdes, no pierde detalle de armonía entre indígenas y castellanos. Por eso Díaz del Castillo, su severo historiador, fiscal a veces dice:

*Nuestro Señor le daba gracia que doquiera que ponía la mano, se le hacía bien, especial en pacificar los pueblos y naturales de aquellas partes...*

Cortés aprovecha esta bonanza para iniciar el apostolado, que cada conquistador practicaba a su manera. El indio Melchorejo explicó a los naturales lo poco que podía decir sobre la fe católica y para dar efecto a sus palabras, les invitó al adoratorio, donde rompió los ídolos y puso en su lugar una cruz y una imagen de la Virgen. Desde el principio ya está Cortés con su preocupación de derribar los ídolos como primera providencia. Hoy no lo entendemos, por mucho que queramos adaptarnos a la época y la mentalidad espiritual de entonces. Aunque digamos que sí.

Por un azar encuentran cerca de allí tres hombres desnudos, con taparrabos y el pelo recogido en la nuca, como las mujeres. Eran dos náufragos supervivientes de un naufragio de Francisco Niño, yendo a las islas desde Tierra Firme: Jerónimo de Aguilar y Gonzalo Guerrero, con un indio de verdad. Habían llegado a la Punta de Yucatán y les habían socorrido allí los indios. Y habían tenido permiso para acercarse a los de Cortés cuando allí iban, pero Guerrero se negó diciendo:

*Hermano Aguilar, yo soy casado, tengo tres hijos y estas gentes me han hecho calachuni. Idos vos con Dios, que yo tengo labrada la cara y horadadas las orejas. ¿Qué dirán de mí desque me vean esos españoles ir de tal manera? E ya veis estos mis tres hijitos cuán bonicos son. Por vida vuestra que me deis esas cuentas verdes para ellos y diré que mis hermanos me las envían desde mi tierra.*

Es otra extraña manera de hermandad, ya veis que hay también el caso inverso. Y combatió contra Hernández de Córdoba por no irse con ellos, siendo el primero que dio guerra en Yucatán.

En Tabasco hubo guerra, y hasta creían los españoles que «acudía en su socorro Santiago a caballo», cuando era Cortés el que venía. Allí encontró Cortés a «Marina» la extraordinaria mujer que había de ser su auxiliar insustituible, era uno de los regalos que les llevaban los «calachonis», a las que bautizaron y repartieron para el servicio. Era de buen parecer, entrometida y desenvuelta. Pero Doña Marina dio lugar a una leyenda. Sólo es histórica su biografía mientras estuvo con Cortés. Después de la conquista volvió a la sombra que oculta su niñez.

No se sabe si la llamaron Marina por deformación de su nombre indígena que pudo ser «Malinali» o fue que los indios la llamaron «Malintzin», por analogía con su nombre español, lo cierto es que también este segundo nombre se deformó para ser «la Malinche». Y llegó a los españoles cuando más falta les hacía para traducir en lengua maya lo que los vecinos de Culúa decían en la náhoa, ya que Aguilar sólo sabía el maya, y así se arreglaban con la doble traducción. También lo aprecia Bernal Díaz:

*Fue grande en principio para nuestra conquista y así se nos hacían todas las cosas; loado sea Dios, muy prósperamente. Porque sin ir doña Marina, no pudiéramos entender la lengua de la Nueva España.*

Así fue todo, la entrevista con los enviados de Moctezuma en 1522, con recíprocas cortesías y regalos valiosos de una y otra parte, hasta que se descubre su dolo. Gracias a Marina, Cortés se atrae la amistad de los «totonecas», tributarios de los aztecas, que en Cempoala se alían a los castellanos. Y pronto tiene junto a los 450 soldados que llegan al interior, 6.000 aliados indios. Pero mientras Motecuhzoma (1) le recibe con honores, sus hombres han atacado Veracruz y regresan a Méjico con las cabezas del teniente Escalante y muchos de sus hombres. El mal se complicaba, porque a su pérdida se unía un peligro mayor, la demostración de que los españoles no eran dioses inmortales, sino que morían como los demás hombres. Era lo que querían probar los mensajeros.

(1) Moctezuma.

Lummis niega que Motecuhzoma fuese emperador de Méjico y lo del rescate en oro. La organización política y social de aquellos mejicanos era como la de los indios «Puebla» de época actual en Nueva Méjico: una democracia militar, con una complicada organización religiosa que dirige tras el trono. Motecuhzoma era sencillamente el «*Tlacatecutlé*», el jefe guerrero de los «*Nahualt*», antiguos mejicanos. Y Cortés hubo de ser duro, con un golpe de audacia para salvarse, porque estaba perdido. La llamada carnicería de Cholula está reivindicada y bien aclarada. Los indios le habían atraído a una trampa so pretexto de amistad, otra vez como en Méjico, los segundos eran preciosos, prácticamente estaban todos perdidos, no tuvo más salida que sorprender a quienes intentaban sorprenderle.

Los indios engañaban a los descubridores, desde la llegada de Colón. En Méjico más: Tierras auríferas, grandes imperios, grandes mitos, lo mismo que ellos se engañaban respecto del carácter divino de los conquistadores y de sus centauros.

Cortés no era cruel. Lo asegura también Lummis, un americano. Trataba con mucha clemencia a los indios y era muy querido de ellos. Marina es un ejemplo de fidelidad, de devoción, de amor. Un símbolo de hermandad hispano-azteca.

Luego, antes, y siempre, estaba la sangre y el pavor de Méjico en la cruentísima retirada, la «Noche Triste» y la durísima batalla de Otumba, casi perdida. Bernal Díaz nos habla de la grima que ponía en el corazón oír los tambores enemigos que anunciaban los sacrificios —abriendo las entrañas— con piel humana como parche. Junto a la gloria de la conquista dejó anotado: «Oh, que cosa tan trabajosa es ir descubriendo nuevas tierras, y de la manera que nosotros nos aventuramos, no se puede ponderar». Era la etapa cruenta, el hito de la sangre en el corazón del Anahuac, que se llamaba ya la Nueva España.

## V. EN EL IMPERIO DEL SOL

Al estampar el título, del Imperio del Sol, uno empieza tentado, como siempre de investigar paralelismos de indios orientales y occidentales, del Japón y el Perú en este caso, imperios del Sol Naciente y del Sol Poniente, tal vez sin mayores motivos o quién sabe si por alguno más intrínseco encerrado en el misterio de la isla de Pascua.

Méjico y el Perú. Cortés y Pizarro extremeños los dos, los dioses que nacían en Extremadura, Moctezuma y Atahualpa los dos emperadores, hermanados siempre en el recuerdo por pares de figuras, tienen diferencias específicas. La dura conquista de Méjico y la rápida posesión del Perú, la gran masa del ejército de Cortés y los trece de la fama de Pizarro, bien es verdad que la mejicana gracias a los indios que Pizarro no tuvo, al menos en su primera fase. Pero la dificultad era para todos, porque Pizarro tiene los Andes por delante y le sigue una implacable lucha civil de muchos años contra los almagristas, que ensombrecen la limpieza de su conquista.

El hito incaico también tuvo marca de sangre, pero mucho menos que el del Anahuac. Y tiene también su clara actitud evangelizadora y fraternal de los conquistadores, aunque van a la tierra del oro, un poco más que otros, porque en Perú no era mentira la riqueza abundante del metal, como en otras partes solía serlo por interés del indio en fomentar codicias de los blancos.

Pizarro no era porquerizo, sino soldado del Gran Capitán en Italia hasta 1502, como ha demostrado recientemente el peruano Porras Bermúdez. En cambio sí debía ser tan analfabeto como Almagro, su compañero y rival. Tampoco era tan joven como le pinta un famoso retrato, pues emprendió la conquista con más de cincuenta años y tardaría en conseguir esa cruz de Santiago que allí ostenta. Es más, Manuel José Quintana, con el canon de apreciación de su tiempo nos dirá que tocaba en los umbrales de la vejez, queriendo admirar más el mérito de su valor y su resistencia física.

La conquista del Perú fue más o menos al tercer intento. Primero fue el desánimo y las tribulaciones de la exploración por las puntas costeras: De Panamá a Puerto Piñas, de ahí a Punta del Hambre y a Punta Quemada, con desolación en todo el litoral, con tal falta de víveres que en Punta del Hambre mueren veinte guerreros por causa de ella y el mismo Pizarro buscaba afanosamente raíces y alimentos por extraños que fuesen. Los indios o no estaban o huían. Hasta que el día de la Candelaria de 1524, en la isla que dieron ese nombre, divisan, medio muertos, una hoguera. Era un poblado abandonado de prisa al percibir su presencia, y allí hay vitualla abundante y menos abundantes muestras de oro. Pero allí, sobre la hoguera, hay una caldera donde se ven con asombro que se cuecen manos y pies humanos.

Así vuelve Pizarro a la desembocadura del Río San Juan con 160 hombres y de nuevo los sufrimientos tropicales: las tormentas y el calor, los montes que se pierden en las nubes y los bosques espesos, las serpientes y los mosquitos. Hasta que el piloto Bartolomé Ruiz, explorando la costa, les da noticias de una zona de la más alta civilización en tierras más al sur, donde se encuentra la ciudad de Túmbez. Pero antes, la Providencia dispone el abandono, y Pizarro se queda sólo con los trece de la fama, marchando con ellos al sur de la raya que ha trazado:

*Camaradas y amigos: Esta parte es la de la muerte, de los trabajos y de las hambres. La otra, la del gusto. Testigos sois de que en la necesidad fui el primero; el primero en el ataque y el último en la retirada. Por aquí se va a España a ser pobres; por allá, al Perú, a ser ricos y a llevar la santa religión de Cristo. Y ahora escoja el que sea buen castellano lo que mejor le estuviere.*

Sólo trece escogieron la fama.

La situación no mejora por eso. Vuelven a pasar hambre canina en la isla del Gallo y en la de Gorgona. Al fin, Punta Aguja y Chimú, en el valle de su nombre, les ofrecen la promesa de una vega floreciente y rica. Con ella las noticias del Imperio del Inca, el del Sol, no muy lejano.

Hasta ahora ha sido escasa su relación con los indios, huidos o enfrentados. Ya, en la costa de Santa Cruz hay grandes muestras de júbilo en todo un pueblo que les vuelve a ver y se reconoce vasallo —a mucha honra— del emperador Carlos, y se les unen Felipillo y Martinillo, dos jóvenes indios bautizados, inapreciables como intérpretes. Están ya junto a Túmbez. Allí se queda voluntariamente Cristóbal de Molina; como poco antes se quedara Ginés el marinero, deslumbrados por el encanto de la tierra y el amor de alguna bella indígena. Otra vez la hermandad de los que se quedan, el reverso de la estampa clásica.

Entonces vuelve a España Pizarro y se entrevista con el Emperador que va a ser coronado por el Papa. Y en las capitulaciones de la conquista, donde le nombran Capitán General y gobernador del Perú, hay como condición una armada de 250 hombres a organizar en seis meses, y llevar seis religiosos en la expedición, que serán consejeros, vigilantes de sus actos y apóstoles de los indios. Pizarro ha de zarpar de noche, evitando el recuento, porque no ha conseguido tantos hombres y sólo le acompaña un dominico, fray Vi-

cente de Valverde, aunque vale por seis. La aventura tiene ese matiz personalista y oficioso de la iniciativa particular, sin más apoyo de la Corona que el reconocimiento oficial y un puñado de maravedises. La gloria y la fama, o el fracaso, en otro extremo, son sólo del conquistador con su esfuerzo.

El 27 de diciembre de 1530 se bendicen las banderas y el estandarte real en la iglesia Mayor de Panamá y reciben la comunión general los expedicionarios. Luego zarpan. En Coaque, encuentran las riquezas que sus habitantes han abandonado en la huida. Y en el golfo de Guayaquil reciben la invitación de los indios de la isla de Pumá, tradicionales enemigos de la ciudad vecina de Túmbez, porque en el Imperio hay guerra civil entre el heredero legítimo, Huascar, y el bastardo Atahualpa que detenta el trono, cuando debiera compartirlo testamentariamente. Los de Pumá, recelan de las buenas relaciones de los castellanos con los de Túmbez y conspiran para exterminar a los conquistadores. Pero cuando éstos van a la rica ciudad, ha cambiado la actitud y desembarcan con lucha, que según creen, protege San Miguel, y dan su nombre a la ciudad que cerca de allí fundan, la primera de corte hispánico. De los enamorados Molina y Ginés nadie les da noticias.

La aventura tiene color paradisiaco por la región costera y la hacen más agradable los indios dóciles de Morropon y Huancabamba, que ofrecen su colaboración contra Atahualpa, ya vencedor de Huascar.

Ahora el objetivo es el Inca Atahualpa, y reciben su primera embajada para tentar los ánimos y adquirir noticias sobre las intenciones de los españoles. De Caxas se ha retirado a Caxamarca con un gran ejército.

Hay dos caminos desde las estribaciones de los Andes. Pizarro elige el más difícil, entre gargantas peligrosas, que llevan más derecho a los páramos de las alturas. Arrecia el frío y el mal de montaña, el *sorroche*, que dificulta su respiración. Cuando llegan a la cima reciben dos embajadas del Inca, con presentes. Siete días de marcha desde el alto, y divisan el verde valle de Caxamarca contrastando con el triste gris de las montañas en que se acogen. En las brillantes praderas humean los famosos baños termales y blanquean las compactas tiendas del gran campamento. Bajan a la ciudad y está vacía. Acampan en la plaza los 178 hombres de Pizarro, mientras miles de indios esperan su hora en el cercano campamento, donde aquella noche se encienden tan numerosas ho-

gueras que iluminan hasta el horizonte. Son tantas, que ponen pavor en los españoles, hasta que algunos tiemblan. Luego el Inca emprende la marcha, mientras Pizarro despliega sus tropas.

Fray Vicente Valverde sale al paso de Atahualpa en la plaza y traducido por Felipillo le hace saber el «*Requerimiento*» de la fe cristiana que van a predicar como representantes del Pontífice, ya que éste lo es de Dios, y ha delegado en el emperador Carlos su misión. El Inca pregunta que dónde ha aprendido aquello y el dominico le muestra su breviario, ininteligible para el Inca que, indignado, lo arroja al suelo y arenga a sus tropas. El fraile apenas pronuncia unas palabras cuando los españoles salen de sus refugios y atacan impetuosamente. La lucha es tan breve como enconada, y en medio de ella Pizarro salva la vida al Inca, peligrando la propia, porque llega a ser herido en un brazo, cuando los españoles ya iban a matar a Atahualpa.

Pereira sintetiza: «En veinte minutos se había conquistado el Perú». Lummis niega que en ese tiempo muriesen dos mil indios, pues calculando cuántos puede matar un hombre en media hora con espada, mosquete o ballesta, si además el enemigo se defiende bravamente, pocos más de doscientos podrían resultar. El combate fue por ambas partes de astucia contra astucia.

Pizarro hospeda a Atahualpa, le trata con gran consideración, cena con él y le consuela de la derrota diciéndole que nada tiene que temer. Más tarde, su intriga y sus maquinaciones de sublevación le acarrearán la muerte por imposición de los capitanes, de los indios, por plebiscito y contra el deseo de Pizarro, que hasta el final intentará salvarlo, llorará su muerte como un niño y llevará luto por él.

Entre sus culpas no era la menor el asesinato de su hermano Huáscar por orden suya, cuando se encaminaba a presencia de Pizarro.

Hernando Pizarro, hermano del gobernador, marcha a Pachacamac y sigue a Jauja, donde el cacique «*Chalcuchima*» se resiste a aceptar a los españoles. El suelo pedregoso desgasta las herraduras de los caballos y los forjadores indios las reponen de plata, porque es el único metal que a mano tienen. Así entran en Jauja, donde Hernando convence al cacique para que vaya junto al Inca prisionero. Aún se funda aquí, el segundo pueblo de españoles.

Marcha allá Francisco Pizarro y continúa hacia Cuzco, la capital, donde recibe la sumisión de los indios «cañares», fieles al recuerdo de Huáscar y entra allí al año justo de la acción de Cajamarca. Quisquis es el guerrero que resiste a ultranza, y es vencido definitivamente cerca de Quito por las fuerzas de Benalcázar, mientras en Cuzco recibía la borla imperial Manco, el hermano de Huáscar. Pizarro funda Lima, Ciudad de los Reyes, nueva capital, junto al mar y al puerto del Callao, opuesta a la vieja Cuzco, metida en la montaña. Y con ello la paz, turbada sólo por la guerra civil con los de Almagro, que a uno y otro costaría la vida.

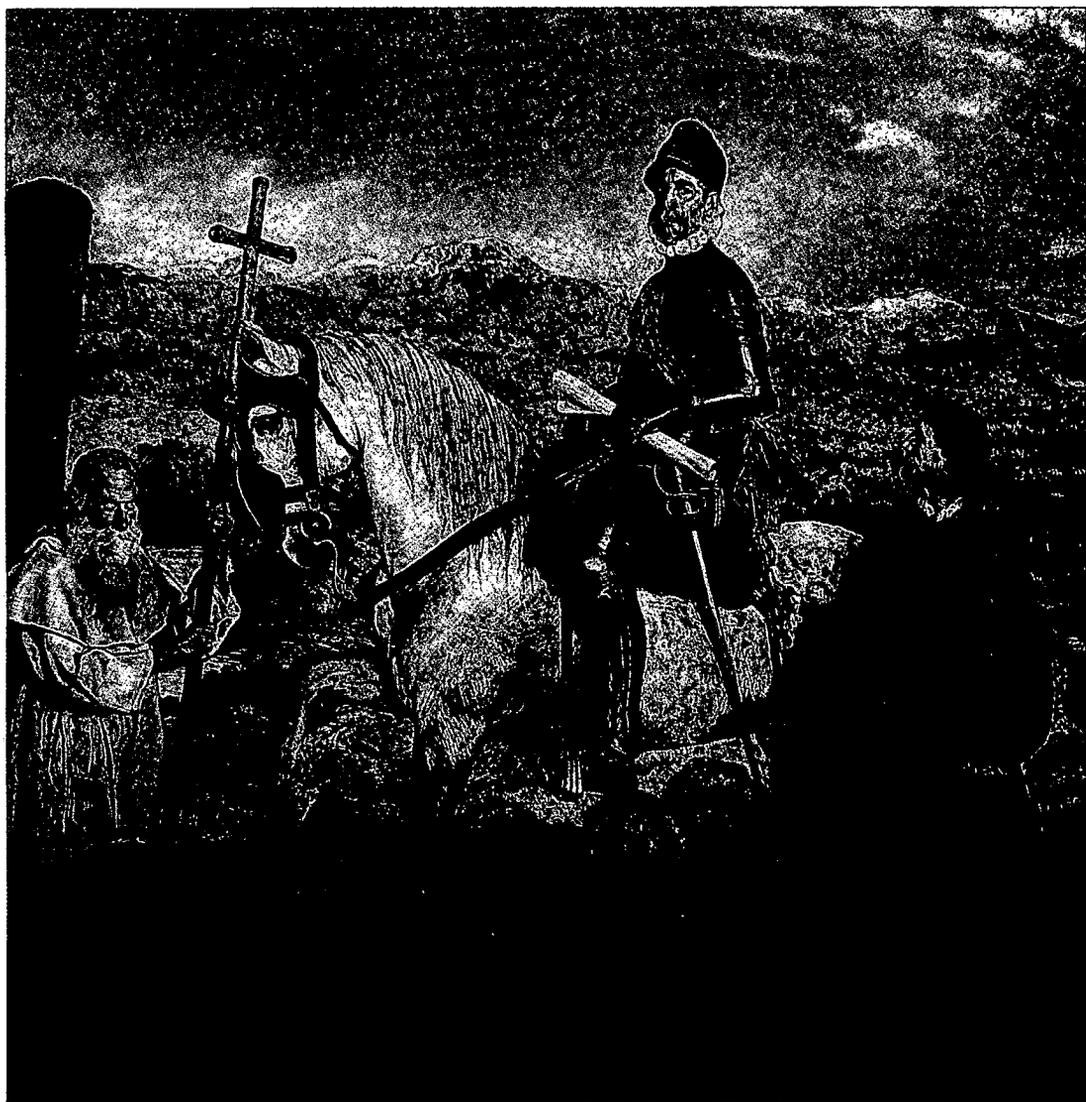
Pero la sangre hispano-india se funde ya, fecunda, progresiva, en una nueva etapa de civilización, mezclada desde el primer abrazo en Túmbez o en Pumá, comprendida hasta el límite de la hermandad, como expresó el peruano José Santos Chocano:

*Las dos castas confundo con épico fragor,  
la sangre es española e incáico el latido,  
y de no ser poeta, quizá yo hubiera sido  
un blanco aventurero o un indio emperador.*

Hernando Pizarro había profanado el templo del dios Pachacamac, ante el temor supersticioso de los naturales, que al ver que no castigaba a los profanadores el vengativo ídolo, perdieron su fe en él y rindieron homenaje a los españoles. Hernando aprovechó el momento para hablarles de una religión de caridad que tenía por símbolo la cruz, un arma sencilla y poderosa contra demonios como el que se disfrazó de Pachacamac. Los conquistadores sabían ser apóstoles.

## VI. LA REPLICA A LA INVENCIBLE EN EL CARIBE

*Ya el pendón de Castilla, o si se quiere la bandera de España, ondeaba en América durante el tercer siglo. Se había ido clavando en la tierra de los indios con tanta rapidez como sacrificio. Así se fue jalando la conquista y la hermandad. Ya había criollos y mestizos. Hijos de conquistadores con sangre india formaban una aristocracia americana tan legítima como la española y a veces, muchas, aún más considerada. Al jalón, al hito inicial y gigante de Guanahani, el del Descubrimiento, sucedía el del Collar de las Antillas y Tierra Firme, el de la primera sangre, y el de las Extremaduras Hispánicas, el tercero, de Florida a California, y desde el Norte hasta la Tierra del Fuego; el cuarto hito penetraba en el corazón del Nuevo Mundo, por el Misisipi y el Amazonas, y se*



Pedro de Valdivia, por Ignacio Zuloaga



Expediciones de las que trata el autor

*asentaba en los imperios incaico y azteca, con más sangre que nunca, con más entrega y más heroísmo y más difícil hermandad.*

Ya estaba la Hispanidad hecha, pese a reparos de una Leyenda Negra falta de perspectiva histórica en el tiempo y en el espacio, pues hay que compararla con lo que eran y son conquistas y colonias. Ahora se comprobaba, cuando la patria hispanoamericana sufría ataques de piratas, corsarios y filibusteros contra todo derecho de conquista reconocido en bula pontificia, de evangelización y colonización manifiestos. Estamos en la época del Gobierno y Defensa de las Américas, gigantesco esfuerzo en guerra y paz que mantuvo unido el mayor Imperio mundial durante dos siglos y desarrolló de tal manera el cuerpo y el espíritu de aquel mundo nuevo en el que en 1810 pudieron nacer veinte naciones civilizadas y cristianas. Sería preciso explicar el buen gobierno de todo un continente en creación, pero en réplica de una leyenda negra, punto por punto, que tenía su base, por desgracia, en el «*enormismo*» paranoico del benefactor de indios fray Bartolomé de las Casas, pero que indudablemente fundó las dos cortes virreinales de Méjico y Lima, más prósperas y grandes que la corte real de Madrid. Pero esa refutación tantas veces hecha, está ya en su fase definitiva, cuando los espíritus sanos de Inglaterra y Estados Unidos la proclaman ya, por dignidad histórica y los hispanoamericanos la cantan con mil voces distintas.

Este cuarto hito hispanoamericano, de españoles, de indios, criollos y mestizos, es el del gobierno de los virreyes y capitanes generales, el llamado con muy poco acierto «período colonial», porque entonces, la Metrópoli estaba desarrollando el mayor esfuerzo cultural que jamás vieran los demás pueblos, y sólo se ha subrayado en él con muy mala intención lo que pudiera haber de cebo para la adversa crítica hinchada y generalizadora.

Es una etapa fundamental, primaria, para la Historia General de América, que requiere aún una dedicación mucho más abundante y erudita, que haga destacar en ella los mejores trescientos años de un gran pueblo. Mal historiado y peor comprendido, se ha llamado «período colonial» cuando el verdadero concepto de la organización política y estatal de los virreinos o gobernaciones no podía serlo en modo alguno.

Ninguno de los Dominios de Indias era propiedad a título de colonia de la Corona Española, eran reinos, en igualdad de derechos con los de la Metrópoli, con vida propia, partícipes de la

misma colectividad hispana, independientes entre sí, pero ligados a la razón de una monarquía. No se han tenido en cuenta consideraciones fundamentales, como la gigantesca proporción y variedad de un continente desigual, que alternaba las zonas donde era posible cimentar ciudades y las selváticas o desérticas, en las que se debatía el esfuerzo español.

Era el momento de la gestación de nuevos pueblos en los que el indio participa como elemento imposible de desatender. Y lo mostraba el nacimiento de las razas hispano-indias, con peculiar espiritualidad, abrazadas en su idiosincrasia para avanzar en su evolución infundidas de la cultura cristiana que les daba la madre España, la hermana mayor en la Hispanidad.

Pero ya estos reinos iban siendo presa de piraterías sangrientas. En 1655 se perdía Jamaica porque Cromwell negando los derechos de España al dominio exclusivo en Indias, y sobre todo la bula de Alejandro VI, envió una escuadra al mando del Almirante Penn, y en 1670 se firmaba el tratado de cesión a Inglaterra. Entonces empezaría el fomento del cultivo de caña, con amplia importación de negros esclavos, marfil negro a 33 pesos y medio por cabeza o a 40 pesos por pieza con lenguaje más brutal e inhumano. Después, en 1697, a los veintisiete años, se reconocerían a Francia sus conquistas en Haití y la mitad de la isla que Colón llamó La Española y ahora sería de Santo Domingo, vería llegar también los buques negreros cargados de brazos para las plantaciones de caña, porque la población indígena se extinguía y la blanca, ligeramente aumentada no era apta para tal cultivo.

Pero se envidiaba a la Hispanidad algo más que eso. La importante obra del doctor Zapatero, de la que tomo conceptos y datos —porque de cerca conozco bien su seriedad histórica y el rigor de su estudio— señala las veinte llaves de los dominios españoles en el Caribe, donde con obra ingente y desprendimiento magnánimo invirtió la Metrópoli enormes cantidades de oro para levantar un continente en piedra, que era el rosario de fortificaciones, muchas de las cuales se conservan como muestra de una primacía de ingeniería militar poco conocida, con un sistema abaluartado propio, de la mejor escuela y la más adelantada. Allí por empeño hispánico de Juan Manuel Zapatero, irán surgiendo, junto a los viejos lienzos restaurados los mástiles en los que ondee, junto a la bandera nacional, la española, casi como entonces, al menos en sentido figurado, ya que eran reinos de una misma corona. No se trata de algún sueño iluso, es cuestión de recuento y de esperanza. Es ya

una realidad en Puerto Rico, donde hay bandera española en los castillos de San Cristóbal, San Jerónimo y San Felipe del Morro, y en el Real Felipe del Callao de Lima; y en el de San Marcos de Florida. Junto a la bandera nacional, ondea la de España, con justicia histórica, con hermandad hispánica.

Quiero citar dos extremos en este hito epopéyico. El de la batalla por Cartagena de Indias, «Calamar» de los indios, capital de Nueva Granada, actual Colombia, cuando Blas de Lezo, con su ojo vacío, cubierto con un pañete negro, con su manga derecha colgando porque faltaba el brazo y su pata de palo sustituyendo la pierna derecha lleno de cicatrices todo el cuerpo, vence fieramente al almirante Vernon, que en nombre de Inglaterra va a conquistar el puerto en 1741 y ha acuñado ya una medalla conmemorativa con su efigie de vencedor, cosa muy poco aconsejable a ningún guerrero, tales anticipos. Cartagena de Indias era llamada entonces «Llave del Reino de Nueva Granada, del Chocó y del Darién» y es curioso la declaración del espía de Jamaica, contenida en las «Memorias para la Historia de Cartagena de Indias» donde dice:

*Que esta plaza la tiene por importante la nación inglesa, pues tomada esta plaza cogian la Llave del Reino para apoderarse de sus minas y posesionarse del Chocó entrando por el Atrato, y tomando luego a Portovelo, atacar a Panamá, y que para ser conducidos al Chocó confían en los indios del Darién y de los indios mosquitos, para ser conducidos y atacar por ambas partes a Panamá, logrando luego con facilidad introducirse en el Perú.*

Se produjo el ataque con ocho navíos de tres puentes, y veintiocho de 50 a 60 cañones y doce fragatas de 20 a 40 cañones y dos bombardas y ciento treinta embarcaciones menores y de transporte, con 8.000 soldados escogidos, 2.000 trabajadores y 1.000 negros y 12.600 marinos que hacía un total de 23.600 combatientes. Les esperaban en Cartagena 36 compañías de regimientos de infantería, más ocho del batallón Fijo de la plaza y 5 de vecinos, 3 de blancos y 2 de pardos y ochenta artilleros y 6 compañías de tropas de marina, mientras que Blas de Lezo, teniente general de la Armada, mandaba una flota de seis navíos, que se perdieron todos, incluso la nave capitana, porque como último recurso hizo hundir los dos últimos para cerrar la bocana del puerto. Pero cuando murió el gobernador, cayó sobre sus hombros toda la responsabilidad. Herido en un muslo y en la mano y sin posibilidad de resistir más, ordenó abandonar el castillo y tres navíos y replegarse a defender la ciudad. Luego hubo que echar a pique hasta el último navío.

Los ingleses llegaron hasta el castillo grande y la batería de Manzanilla y tuvieron la plaza al alcance de sus tiros. El 20 de abril el bombardeo fue infernal, más de mil hombres atacaron el castillo de San Lázaro en el que no había ni 250 soldados con don Blas de Lezo. A las seis de la tarde decreció el ataque y poco después se retiraban los ingleses perseguidos por los defensores.

Aquella defensa, fue para Fernández de Navarrete, «uno de los acontecimientos más heroicos de la historia militar y marítima de España en el siglo XVII». Debió decir de Hispanoamérica, pero cuando él escribió era fácil entender que era una defensa hispánica en la que hispanos y americanos defendían su patria común, hispanoamérica. Porque allí entre los 2.700 defensores, además de las compañías fijas, los criollos de la plaza y los mestizos de las Milicias Locales, había 600 indios llegados del interior de la provincia. Y todos sufrieron las fiebres producidas por la pestilencia de los cadáveres, junto al aniquilador cañoneo de la escuadra atacante. La desproporción de bajas fue tan grande como la de las fuerzas enfrentadas: 23.600 contra 2.700 eran al plantearse la batalla. Las bajas tienen dos versiones, ambas exageradas en sus dos extremos, corto y largo. El máximo da 9.000 muertos ingleses y 600 defensores; el mínimo 4.000 bajas de los primeros y 200 de los hispanoamericanos. En un término medio debe estar la verdad. Pero lo que cuenta ahora no es el episodio —para cuyo detenido y útil conocimiento remito al excelente libro de Juan Manuel Zapatero «*La guerra del Caribe*», sino el hito, la cuarta fase de la epopeya hispánica, que es la Defensa.

Defensa que culminaría en el último ataque inglés a Puerto Rico, donde la misma obra nos revela un héroe casi desconocido como tal, el gobernador y capitán general de Puerto Rico, brigadier don Ramón de Castro, cuando Puerto Rico se llamaba «llave de las Antillas y Antemural del golfo mexicano».

La ambición sobre ella era ya antigua y mereció la atención de Lope de Vega, cuando en *La Dragontea* llamaba a Drake, el atacante: «un anglo caballero que de Teniente General servía». Ahora el ataque era del almirante Harvey, con 68 buques y 11.000 hombres del general Abercromby. Los hispanoamericanos tienen 4.029 hombres, de ellos unos 1.000 del regimiento Fijo; 1.600 de la Milicia Disciplinada; 350 de las compañías Urbanas de la ciudad de San Juan; 200 de milicias agregadas a Artillería. En total unos 200 ó 300 veteranos y los demás reclutas bisoños e hijos del país como era toda la milicia, es decir, la mayoría de los combatientes.

La batalla comenzó el 17 de abril de 1797 y terminó el 1 de mayo con el reembarque inglés. Su desarrollo, con el lujo de barcos y cañones fue semejante al de Cartagena, con una invasión y repliegue inicial, exacerbada lucha y contraofensiva de Castro en los dos últimos días, de fulminante resultado. Con su victoria se cancelaban cien años de guerra en el Caribe, justamente trescientos después de su descubrimiento.

### VII. EL SENTIDO HISPANICO DE LA EMANCIPACION

La tesis cristiana de la colonización se basaba en un derecho de humanidad; se colonizaba para civilizar, para garantizar y defender los derechos humanos y había que mantener lo ocupado mientras fuese indispensable para capacitar socialmente a los indios. Pero ya advertía Francisco Suárez:

*Cuando los salvajes hubieran sido incorporados a la civilización, España debía dejar a los pueblos de América en su primera y propia libertad, porque ya no necesitaban de tutor.*

El problema está aquí: ¿Cuándo llega el momento de la emancipación? Depende de la tutoría, del pupilo y del medio ambiental. Casi todas las emancipaciones se adelantan por imperfecciones del tutor o por imperativos del ambiente. Casi siempre la mayoría de edad se anticipa, por prisa de los impetuosos. Lo explicaba muy bien en un discurso hispano el general Alonso Vega:

*Cual ocurre en el seno de las familias, sintieron los hijos hervir en su sangre el fuego de la juventud y creyeron llegada la hora de la emancipación. Mas los padres no ven correr los años y quieren prolongar hasta lo imposible la comunidad del hogar. Hasta que un día, la libertad, esa eterna sirena de los hombres, seduce al adolescente y le lanza a correr por su riesgo y ventura los ásperos caminos de la existencia.*

Había más. Había contagio de la reciente independencia en Norteamérica, influencias de la Revolución Francesa, descontento de la administración de la Metrópoli, en una época de desgaste masónico y de cansancio tras la independencia propia de Francia, que nos había dejado su quinta columna, la ideológica de su liberalismo: Olvido y abandono paterno. Por eso hubo el grito de «¡Viva el Rey!» en las primeras sublevaciones. o el de «¡No queremos servir al rey José!», cuando Napoleón lo imponía. Por eso, quizás generalizando un poco, pudo decir en España un embajador:

«La independencia americana no fue negación, sino afirmación de lo hispánico». Coincidió con la idea de los más entusiastas hispanistas de allá: Ignacio Anzóategui, el argentino, diciendo:

No fue América la que renegó de España, fue la Metrópoli la que renegó del Imperio. Vosotros habíais trocado capitanes por dirigentes y nosotros habíamos convertido a los encomenderos en caudillos. El imperio se hizo administración y el héroe se hizo funcionario. Nuestra guerra no fue guerra de secesión, sino de sucesión. Una guerra carlista, en la que el pretendiente se llamaba Carlos el Emperador.

Sería interminable la relación de citas semejantes, que interpretan correctamente este factor de aceleración de la madurez por debilidad de la tutoría, por falta de sentido en la dirección. Valga como contraste de la coincidencia la voz de Alfonso Dousdevés, ecuatoriano:

*América pedía realeza y no meramente administración y en la era borbónica el orden administrativo privaba sobre el orden imperial. Por eso, la España de los Austria, que era América, se levantó en armas contra la península borbónica. Y si vosotros perdisteis América, nosotros perdimos la Península.*

Son ciertos sí, el desvío y los yerros de los padres de entonces, pero también es cierta el alma y la sangre hispánica de los hijos caudillos rebelados. Pero hay un tercer factor en el ambiente, que el mismo Dousdevés sabe reconocer:

*La independencia americana, en cuanto nos despedimos gallardamente del más noble adversario de todos los tiempos, constituye un honor legítimo y sacrosanto. Pero en cuanto representa un renunciamiento a nuestra manera de ser y, algo peor, hacer nuestro, lo que nunca fué, es decadencia.*

Suficiente, pero no quisiera dejar de reforzar la idea con la cita de Vasconcelos: «Si se quitase del alma americana la hispanidad, se volvería de nuevo a las plumas y a los taparrabos». Es una metáfora, pero perfecta en el símbolo. Como aquella de monseñor Vizcarra: «Los argentinos cuando quieren ser más argentinos, son más españoles».

Ya queda todo dicho. Ya podemos hablar de la formación cultural o del espíritu militar de José de San Martín, infundido en España, cuando luchó en Bailén por la independencia española, obteniendo el grado de teniente coronel por méritos de guerra. Ya

podemos celebrar en España y América y llamar hispánicas las gestas del general San Martín, que tiene en Madrid su estatua en los jardines que miran a occidente, en el Parque del Oeste.

No mucho después los argentinos daban prueba de madurez defendiendo Buenos Aires contra las invasiones inglesas, llegando a reconquistar la capital.

Apenas queda nada por decir. Una guerra civil hispanoamericana, tenía que revertir en abrazo, en unión. Lo decía también Alonso Vega:

*Al cabo de los lustros, la cordialidad renace y cada vez que en el viejo caserón paterno, cargado de pergaminos y blasones, o en la estancia próspera y bullidora de las familias nuevas, se abrazan unos y otros, afánanse los hijos en rendir pleitesía a la vida venerable de sus mayores, saturada de sacrificios por los hijos, y tienen los padres el orgullo de ver perpetuada en una prole joven y emprendedora sus bríos, su historia y su hidalguía.*

Era inevitable. Ningún hijo bien nacido necesita vilipendiar a sus padres para justificar su mayoría de edad, antes bien, se presenta con orgullo, como heredero de nombre y de sus méritos. Nos lo dice don Ernesto La Orden, se lo decía a los puertorriqueños, cuando era cónsul general:

*Excusemos algunos delirios históricos de la Emancipación, que fue la más trágica y la primera de nuestras guerras civiles. Sepamos discernir en ellos lo que hubo de pasiones momentáneas y lo que se debió a la propaganda de las potencias interesadas en el fin del Imperio Español. ¿No hubo que defender durante tres siglos, principalmente contra Inglaterra, el nido en que se estaba desarrollando lo que Rubén Darío llamó los cachorros del león hispano? Pues junto a los ataques navales y militares se manejaron también las armas ideológicas.*

Para este último jalón de la epopeya americana tiene una estrofa el poeta venezolano Andrés Bello y coincide de lleno con hispanistas de acá y de allá, hermanos también de ideal y pensamiento:

*Y canten por la España ultramarina,  
la que dirá a los siglos con su voz colombina  
que el Imperio Español no tiene fin,  
¡porque aquí, Madre mía, son barro de tu barro,  
Lobezno de Bolívar, cachorros de Pizarro,  
nietos de Moctezuma, hijos de San Martín!*

*Y una vez que refleje la exaltación suprema,  
por el prodigio vasco sintetice el poema;  
¡por el prodigio vasco! Tierra de Rentería;  
donde el primer Bolívar, mirando al mar un día  
pudo decir: ¡También Vizcaya es ancha!  
¡Por ti, cántabra piedra, que me diste la gloria  
de Aquel que va gritando por la historia,  
caballero al galope de un rocín de la Mancha!*

El embajador La Orden explicaba que las naciones americanas han mantenido intacta la herencia hispana y los pueblos han sido magníficos custodios del patrimonio heredado y han dado y dan cada día nueva fuerza a la cultura hispana, revitalizando los valores esenciales. Todo nos lleva hacia un acercamiento cada vez más estrecho, porque somos protagonistas de una evolución común. Somos hermanos hispánicos, superados los siete hitos de tutoría y de paternidad: Hermanos.

#### B I B L I O G R A F I A

- ALONSO VEGA, Camilo: *Discursos*. Madrid.
- ANZOATEGUI, Ignacio B.: *Obras*. Buenos Aires.
- BALLESTEROS BERETTA, Antonio: *Historia de América*. Tomo IV. Barcelona, 1945.
- BALLESTEROS GAIBROIS, Manuel: «Colón». En *Figuras Imperiales*. Ed. Espasa Calpe. Col. Austral. Buenos Aires, 1947, pp. 95-149.
- BAYLE, Constantino: *España en Indias*. 3.ª ed. Editora Nacional. Madrid, 1942.
- BLANCO, Andrés Eloy: «Canto a España». En *Podas*. Ed. Caracas y en *Obras Seleccionadas*. Ed. EDIME. Madrid, 1968.
- BUSTO, José Antonio del: *Francisco Pizarro, el Marqués Gobernador*. Ed. Rialp. Madrid, 1966.
- COLÓN, Cristóbal: *Los cuatro viajes del Almirante y su testamento*. Ed. y prólogo de Ignacio B. Anzoátegui. Ed. Espasa Calpe, 4.ª ed. Madrid, 1964, 221 pp.
- COLÓN, Fernando: *Historia del Almirante don Cristóbal Colón*. Imp. Tomás Minuesa, 1892.
- LAS CASAS, Bartolomé de las: *Diario de a Bordo de Cristóbal Colón*. Barcelona, 1957.
- COLÓN, Cristóbal: *Diario de Colón*, versión de José Ibáñez Cerdá, cotejada con el manuscrito original. Prólogo de Gregorio Marañón Posadillo. Ed. Cultura Hispánica. Madrid, 1972, 202 pp.
- CLAUDEL, Paul: *El libro de Cristóbal Colón*. Ed. Losada. Buenos Aires, 1954, 137 pp.
- CORTÉS, Hernán: *Cartas de relación de la conquista de México*. Ed. Espasa-Calpe, Madrid, 1979, 378 pp.
- CUNEO, Rómulo: *Vida del conquistador del Perú Francisco Pizarro*. Barcelona, 1925.

- DARÍO, Rubén: «A Colón» (elegía). En *Obras completas de Rubén Darío*. Ed. Aguilar. Madrid, 1937, p. 748.
- DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal: *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España*. Edic. Crítica de Carmelo Sáez de Santamaría. Instituto «Gonzalo Fernández de Oviedo» del C.S.I.C., Madrid, 1982, 688 pp. en folio más un suplemento.
- DOUSDEVES, Jaime Alfonso: *Obras*. Quito.
- DURÁN VALDÉS, Juan: *Las Extremaduras de América*. Conferencia. Burgos.
- EGUÍA, Carlos: *España Misionera*. Temas Españoles. Madrid, 1956, 28 pp.
- GARCÍA SERRANO, Rafael: *Cuando los dioses nacían en Extremadura*. Ed. Espasa Calpe. Col. Austral. Madrid, 1973, 318 pp.
- GARCÍA MORENTE, Manuel: *Idea de la Hispanidad*. Ed. Espasa-Calpe. Madrid, 1961, 230 pp.
- HANKE, Lewis: *La lucha española por la justicia en la conquista de América*. Ed. Aguilar, 1967.
- HERNÁNDEZ SÁNCHEZ BARBA, Mario: *Historia de América*. Ed. Alhambra, 1980, 4 vol.
- KAZANTZAKIS, Niko: *Cristóbal Colón* (tragedia). Ed. Lohé. Buenos Aires, 1966, 115 pp.
- KIRPATRICK, F. A.: *Los conquistadores españoles*. Ed. Espasa-Calpe. Madrid, 1960.
- LA ORDEN, Ernesto: *Discursos*.
- LUCA DE TENA, Torcuato: *Los mil y un descubrimientos de América*. Ed. Revista de Occidente. Madrid, 1968, 268 pp.
- LÓPEZ ANGLADA, Luis: *Signos providenciales de España para el Descubrimiento*. Discurso en los juegos florales colombinos de Huelva. Madrid, 1961, 28 pp.
- LÓPEZ DE GÓMARA, Francisco: *Historia de la conquista de Méjico*. Caracas, 1979.
- LUMMIS, Carlos: *Los exploradores españoles del siglo XVI*. Ed. Espasa-Calpe. Col. Austral. Buenos Aires, 1945, 240 pp.
- MADARIAGA, Salvador de: *Hernán Cortés*. Ed. Espasa-Calpe. Madrid, 5.ª ed., 1984, 590 pp.
- *El auge del Imperio Español en América*, 1956.
- MAEZTU, Ramiro de: *Defensa de la Hispanidad*. Ed. Espasa-Calpe. Madrid, 1934.
- MAJO Framis: *Vida de los navegantes y conquistadores españoles del siglo XVI*. Ed. Aguilar. Madrid, 1946, 2013 pp.
- MANZANO, Juan: *Colón y su secreto*. Ed. Cultura Hispánica. Madrid, 1977, 744 pp.
- MENÉNDEZ PIDAL, Ramón: *El Padre Las Casas: Su doble personalidad*. Ed. Espasa-Calpe. Madrid, 1963, 410 pp.
- PASSUTZ, Laszlo: *El dios de la lluvia llora sobre Méjico*. Ed. Caralt. Barcelona, 1968.
- *Mi encuentro con el dios de la lluvia*. Ed. Caralt. Barcelona, 1977.
- PEREYRA, Carlos: *Hernán Cortés*. Ed. Espasa-Calpe. Buenos Aires, 1941, 296 pp.
- PÉREZ DE TUDELA, Juan: *Mirabilis in altis (Génesis del proyecto colombino)*. Ed. Instituto «Fernández de Oviedo» del C.S.I.C. Madrid, 1983, 488 pp.
- PORRAS BARRENECHEA, Pizarro. Lima.
- PORTILLO, Alvaro del: *Descubrimientos y exploraciones en las costas de California (1532-1650)*. Ed. Rialp. Madrid. 2.ª ed., 1984.
- QUESADA, Sebastián: *La Leyenda antiespañola*. Publicaciones Españolas. Madrid, 1967, 78 pp.
- QUINTANA, Manuel José: *Vidas de los Españoles célebres. Tomo III. Francisco Pizarro*. Ed. Espasa-Calpe. Col. Universal. Madrid, 1922. 300 pp.
- SEPÚLVEDA, Ginés de: *Diálogo de las justas causas de la guerra*. 1534.

SUÁREZ, Francisco: *Guerra. Intervención, Paz Internacional*. Ed. Espasa-Calpe. Col. Austral. Madrid, 1956, 206 pp.

VEGA, Félix Lope de: *La Dragontea*.

VERLINDEN, Charles, y PÉREZ EMBIZ, Florentino: *Cristóbal Colón y el Descubrimiento de América*. Ed. Rialp. Madrid, 1967, 216 pp.

ZAPATERO, Juan Manuel: *La guerra del Caribe en el siglo XVIII*. Ed. Instituto de Cultura Puertorriqueña. San Juan de Puerto Rico, 1964, 666 pp.

